

Muertos heroicos y muertos anónimos: rituales de duelo y viudez en la violencia

PATRICIA TOVAR

Honrar a los muertos, evocar las vidas que se perdieron, expresar el dolor, officiar rituales de duelo y separación, son parte fundamental de las costumbres de todas las culturas del mundo. La muerte nos confronta con nuestra propia mortalidad, amenaza la unión y la solidaridad del grupo, hace aflorar sentimientos profundos e interrumpe la vida diaria. La necesidad de recordar al fallecido y de interpretar esta crisis debe ser examinada dentro del contexto y la manera en que ocurre la muerte y la posición social del fallecido. La expresión del duelo está relacionada no sólo con el grado de parentesco y de cercanía social sino con la modalidad de la muerte, la profesión y edad del fallecido y el género de los sobrevivientes.

A lo largo de la historia de la humanidad a las mujeres les ha correspondido enterrar y lamentar a los muertos, rezar por un buen tránsito hacia el más allá, preservar la memoria de los que ya no existen y sufrir con mayor dureza las consecuencias de este hecho. Muchas culturas exigen señales de duelo especiales y, en cierto modo, más traumáticas y estrictas para ellas. Las legislaciones les aplican impedimentos para contraer segundas nupcias y reorganizar la familia, pues su identidad está definida en relación con el esposo y los hijos. En otras palabras, el sobrevivir al compañero tiene implicaciones de tipo simbólico, religioso, legal, económico y político.

La tendencia que existe a santificar a los difuntos, a volverlos héroes, a suavizar sus imperfecciones, purificarlos de culpas grandes y pequeñas y en general a idealizar sus vidas se ha notado en muchas partes¹. Una explicación de este fenómeno se relaciona con nuestras creencias y el miedo a lo sobrenatural. Sin embargo, esta selección de la memoria, de manera tal que se recuerden ciertos eventos y otros no, tiene que ver también con la ocupación que desempeñaba el marido, y si fue una muerte a destiempo, sin anuncio, y de manera violenta. Las guerras, el elevado número de viudas que resultaban y la condición penosa en que quedaban sus familias, influyeron



¹ Helena Lopata, 1981, "Widowhood and Husband Sanctification", en *Journal of Marriage and the Family*, mayo, págs. 439-450.

para que a algunas de ellas se les diera un tratamiento especial. De igual manera sucede con aquellas mujeres compañeras de jefes de Estado o de personajes famosos. Por ejemplo, Simón Bolívar, apenado por la difícil situación en que vivían muchas “viudas de mártires”, les asignó mesadas, derivadas de su renta particular². Contrastan con estos hombres considerados como héroes y mártires, los muertos anónimos, a quienes nunca se les rinde honor alguno, cuyas familias han tenido que huir de sus casas por el miedo, el señalamiento o las amenazas, donde no hay documentos y no aparece la justicia. Aquellas mujeres que han estado unidas a integrantes de grupos insurgentes y que por esto mismo no pueden expresar su dolor públicamente, y las que han vivido el tormento de no saber si sus compañeros están vivos o muertos, nunca han recibido resarcimiento por sus muertos y cuyos crímenes han quedado en la impunidad, son el objeto de atención de este escrito.

Este artículo trata de entender este fenómeno y sus implicaciones sociales, con base en una investigación que recolectó datos etnográficos, entrevistas, narrativas e historias de vida de mujeres que perdieron a sus compañeros en hechos relacionados con el conflicto armado que vive el país³. Ellas son cincuenta viudas⁴ de policías, soldados, integrantes de grupos subversivos, personajes famosos de la política nacional, desplazadas o que tuvieron compañeros que desaparecieron para siempre. Es decir, representa los grupos más afectados por la violencia que vive el país. Por lo tanto, se intenta mostrar un resumen de los rituales de la muerte, las creencias y los sentimientos que acompañaron la pérdida de estos hombres.

Existen rituales de aflicción colectivos que ayudan a las personas a resolver sus penas y que a su vez sirven para establecer nuevos lazos⁵. Puede haber también agresiones al propio cuerpo, para evidenciar aún más la pesadumbre, en la forma de quemaduras, mutilaciones y laceraciones, incluso hasta el suicidio y el homicidio⁶. Este tema ha recibido atención especial por parte de la antropología, al igual que el de las mujeres especializadas en el llanto ritual, las plañideras que ayudan a expresar las emociones. Se ha resaltado la antigüedad y la belleza literaria de los lamentos funerarios, además de su función de empoderamiento femenino⁷.

La muerte desorganiza el tejido social pero también contribuye a reforzar o cambiar las estructuras sociales, abriendo posibilidades para que sea también una experiencia de crecimiento personal, pues la vida diaria da un vuelco total y se deben buscar mecanismos psicológicos de protección contra el caos, cambiando los comportamientos, la identidad, los proyectos de vida y las esperanzas de quienes sobreviven.

En condiciones sociales estables, el duelo es una transición en la que el ritual provee de herramientas y recursos a la comunidad para reajustar y seguir adelante con la vida. En situaciones de violencia, hay desconcierto, confusión y desorden en la co-

² Luis Cuervo, 1916, “Viudas de mártires”, en *Revista Moderna*, vol. 4 N° 33-34, págs. 427-432.

³ P. Tovar, *Las viudas y huérfanos de la Violencia en Colombia*, en prensa, Icanh. Se agradece la financiación de Colciencias y la del equipo de investigación que trabajó en este proyecto.

⁴ Por viuda se entiende tanto a la compañera permanente como a la esposa.

⁵ E. Schieffelin, 1976, *The Sorrow of the Lonely and the Burning of the Dancers*, Nueva York: St. Martin's Press.

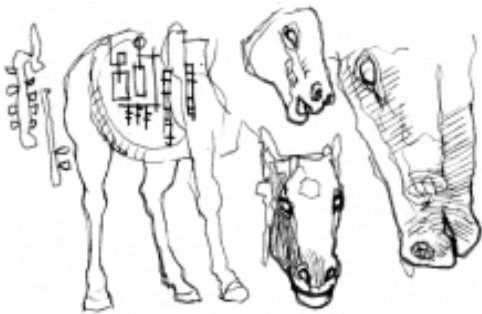
⁶ R. Rosaldo, 1989, *Aflicción e ira de un cazador de cabezas. Cultura y verdad*, México: Grijalbo.

⁷ N. Seremetakis, 1991, *The Last Word: Women, Death and Divination in Inner Mani*, University of Chicago Press.

munidad y no siempre se recibe el apoyo cultural tradicional, por lo que se reacciona de manera diferente frente a la muerte. Esto, sumado a los casos de impunidad, dificulta las explicaciones, reparaciones y reconciliaciones, complicando el proceso de sobreponerse a la tragedia. En los distintos casos analizados, se encontró que cada viuda pasa por este trance de manera diferente. Se experimentan reacciones de tipo físico y psicológico como el desespero, el “ataque de nervios”, la pérdida del conocimiento: “se me durmieron las manos y la boca... me volví como loca, gritaba, me tiraba al piso, me descontrolé... No tenía ganas de salir de la cama, de vestirme, ni de comer... sentí que el mundo se me vino encima... como si me hundiera... Todo quedó oscuro... Se me nubló la mente.”

Los trabajos sobre el duelo insisten en la presencia de una serie de etapas⁸ que van de la negación a la aceptación. No ocurre así con estas muertes violentas. Hay un desborde de emociones desde el mismo momento de la noticia, combinando la negación, la rabia con el pánico, los deseos de venganza y la desorientación. Tampoco existe en todos los casos un cierre, donde se acepte la muerte, aunque haya pasado mucho tiempo. Esta noticia tan amarga, a veces nadie se atreve a darla y se termina ocultando la realidad. Tampoco se realizan en todos los casos investigaciones forenses o judiciales en donde se aclaren dudas y se determinen responsabilidades. Solamente instituciones como la policía o el ejército tienen personas especializadas que prestan ese servicio. En los peores casos la noticia llega por los medios de comunicación, quienes a veces lo hacen sin el menor respeto por los dolientes. La negación o la esperanza de que no sea cierto, de que sea un error, o una confusión dura poco tiempo. El tergiversar la noticia, tal vez con la intención de suavizarla, hace que queden dudas y resentimientos. Varias viudas resienten el hecho de que se les dijera que sus hombres estaban heridos, dándoles una falsa esperanza, postergando lo inevitable. Luego, ellas, a su vez les ocultaban la verdad a sus hijos. Se produce también la necesidad de contacto físico, de “hasta no ver, no creer”, de palpar la certeza final, pues cuando no queda nada, es peor. Se clama por el derecho de reclamar los muertos y de darles los ritos que se merecen.

Se encontraron muchas clases de duelos: públicos, privados, heroicos, anónimos, callados, pospuestos y hasta clandestinos, no siempre por ser parte de grupos armados al margen de la ley, sino porque a veces, ella y su hijo no son la esposa oficial y sienten que no tienen el mismo derecho de llorar públicamente a sus muertos, ni proveer un funeral honroso y digno. Dependiendo de las circunstancias de la muerte, de los actores armados, y del terror que produzcan los hechos, para algunas personas no existe ni siquiera el derecho de levantar el cadáver, ni de reclamar sus muertos, por lo que atraviesan estas crisis de manera irregular: “lo que más me tortura es la manera como me lo dejaron. Verlo vuelto nada. Duró una noche botado allá, llovió, al otro día



⁸ E. Kubler Ross, 1969, *On Death and Dying*, Nueva York: McMillan.

le cayó el sol y él allá tirado. Él no merecía eso, era de los pocos policías buenos que tenía este país, hijo bueno, de los pocos esposos buenos que había”. Otra viuda relata el tratamiento indigno al que fue sometido el cuerpo de su esposo: –“Nosotros mismos recogimos el cadáver, rapidito. Con el miedo que teníamos, fue como quien dice enterrar un... Como allá no hay inspector no hice denuncia. No hay partida de defunción, ni nada”.

EL DUELO

Los ritos funerarios y el duelo contribuyen a la resolución de la ambivalencia psicológica de las personas que han sufrido una pérdida⁹. En el caso de los desaparecidos, o en situaciones donde no quedan restos, el vacío que produce el no haber visto o tocado, ni participado en un ritual de cuerpo presente, dificulta el pasaje a un nuevo estado sin el fallecido, a una nueva posición en la familia, dejando muchas emociones sin resolver. Cuando no hay rituales funerarios, porque la persona está desaparecida, no se sabe cuándo comenzar, ni cuándo terminar el duelo. La esperanza de que aparezca vivo puede continuar por mucho tiempo. A esto se suma el hecho de que las costumbres funerarias hayan cambiado, por lo que también se ha perdido el significado personal, familiar y comunal de éstas, destruyendo así los significados y los símbolos colectivos¹⁰.

En los casos de desaparición forzosa es más difícil la aceptación. En muy pocos casos se obtiene un documento legal que declare muerta a una persona sin que su cuerpo aparezca, además de que es una diligencia dispendiosa que toma mucho tiempo:

Duró dos años y medio el trámite. No le he dicho a los hijos que está muerto legalmente, eso vale tan poco. Las personas desaparecidas nunca mueren, es difícil decir está muerto. Lo único sería poder rescatar sus restos y enterrarlo... Nunca supe si lo encontraron, si había una tumba, si algún campesino vio, si alguien en el ejército supo si lo detuvieron. Me dijeron que se había ido para Venezuela, que lo vieron en Bogotá, no dejó de haber quien dijera que se fugó con un dinero.

La medicina y la psiquiatría se han ocupado del impacto del duelo, de sus diferentes grados de intensidad, que no siempre aparecen inmediatamente, sobre la salud, y de sus síntomas físicos y mentales. Las viudas que acudieron a la medicina se quejaron de que las habían llenado de medicamentos, por lo que en cierta manera se sintieron alejadas de todo lo que las rodeaba y de no haber vivido el duelo como según ellas debería ser. El inventario de emociones y estados de ánimo descritos incluye tristeza, rabia, desánimo, abatimiento, cansancio, angustia, desesperación, culpabilidad, apatía, y la pérdida de sueño y de apetito, entre otras. Haciendo un recuento de



⁹ P. Metcalf & R. Huntington, 1991, *Celebrations of Death: The Anthropology of Mortuary Ritual*, Cambridge University Press.

¹⁰ Barbara Myerhoff, 1982, "Rites of Passage: Process and Paradox", en V. Turner (ed.), *Celebration: Studies in Festivity and Ritual*, Washington, D.C., Smithsonian Institution.

las manifestaciones de duelo en diferentes culturas, se encontró que no siempre se llora para expresar el dolor que produce una muerte¹¹. Pero, tanto en el medio rural como en el urbano, se encontró que esto puede ser considerado como una señal de falta de amor y de respeto por el difunto, y la insinuación de que la viuda se beneficiaría con la muerte. Una entrevistada fue censurada porque había escogido un traje inapropiado para el funeral y porque se reía, lo que ella explicó como un ataque de risa nerviosa.

La rabia, otro sentimiento que acompaña a los dolientes, se une a la impotencia en la búsqueda de respuestas a la violencia y la inconformidad con lo que ha ocurrido, que en algunos casos “*se recuerda todos los días de la vida... cada mañana al despertar*”. Hay rabia con un Dios, que no escuchó los pedidos de protección, rabia con los que matan, con las ambiciones de algunos miembros de la familia, con los que van al funeral, que son vistos como hipócritas, con los que no van, por ingratos, con el mundo entero, hasta con el muerto por haberse dejado matar y, sobre todo, por tener que sufrir las consecuencias de muertes y desapariciones injustas e impunes.

Él era tan puro que no le recibía un peso a nadie, por eso me lo quitaron... Que mi Dios los perdone, porque no supieron a quien iban a matar, ni el daño que nos hacían. No los he maldecido porque quiero tener mi alma en paz [...] Si hubieran hablado con él, si lo hubieran mirado a los ojos no hubieran sido capaces de matarlo.

La angustia, el desespero y el miedo son otros sentimientos mencionados con frecuencia. Hay también confusión emocional, desubicación e inestabilidad. “*Uno se siente como desfallecer... Quedé como un barco a la deriva... Allí termina todo... El mundo se le abre a uno...*”. También están presentes el miedo a estar sola, a enloquecerse y, en algunos pocos casos, a que el marido regrese, sobre todo cuando se ha vivido con el ingrediente de la violencia doméstica. En el ámbito público queda la memoria de un gran hombre, pero en privado es otra cosa. “*Me perseguía y me pegaba mucho. Después sentía que llegaba y me asustaba, después de muerto, me atormentaba muchísimo... al final le pagué una misa para que me dejara en paz*”.

Las muertes violentas ocurren por lo general fuera de la casa, a veces en una ciudad diferente, por lo que debe de haber un traslado del cuerpo; a veces de un extremo a otro del país.

El velorio puede ser organizado por la familia y ser de carácter más privado, o por la institución a la que pertenecía el marido, ya fuera la policía, el ejército, o si era un dirigente político o una figura importante, entonces el velorio es de carácter público. El acto de participar colectivamente en el entierro o en la cremación requiere de un esfuerzo psicológico. Es el punto más alto del ritual, donde se tiene contacto por última

¹¹ P. Rosenblatt, P. Walsh y D. A. Jackson, 1976, *Grief and Mourning in Cross-Cultural Perspective*, HRAF Press.

vez con el cuerpo de un ser querido y se puede cumplir con las prescripciones sociales requeridas en estos casos. Para las viudas este es un momento muy difícil, pues se complica con una serie de decisiones sobre los hijos, la propiedad, el lugar de residencia, las indemnizaciones y otras cosas que a veces se deben tomar en conjunto con la familia del esposo. El funeral implica también un gasto inesperado de recursos que no siempre se tienen, el movilizar a la familia y el someterse a una serie de cosas con las cuales no siempre se está de acuerdo.

EL APOYO DESDE EL MÁS ALLÁ

La calidad de la ceremonia y la alta concurrencia de dolientes es reflejo de la importancia del muerto y del estatus social que él y su familia tienen y, de cierta manera, motivo de orgullo para la viuda. De ahí en adelante el esposo pasa a convertirse en un ser sobrenatural que ayuda a la familia en momentos de dificultad, que intercede ante autoridades superiores para ofrecer ayuda a quienes han quedado desprotegidos sin su presencia. Para las mujeres, que siempre han vivido con la angustia de la posibilidad de muerte del compañero, las premoniciones se convierten en atenuantes de los sentimientos de ansiedad y a su vez de una comunicación especial de afecto. Para otras, es un último intento de despedida, cuando la muerte llega sin previo aviso. Se sienten fríos terribles, hay alucinaciones, se oyen ruidos extraños, los perros aúllan, el niño llora toda la noche, se oyen pasos, –hay nervios, *“como que se siente algo”, “entra la tristeza y dan ganas de llorar”, “me sentía mal, pero no me dolía nada”. “Vi todo, la gente llegando, me vi de negro, vi el ataúd, todo”*. Entre las malas jugadas de la imaginación se encuentran las apariciones, sueños y pesadillas con los difuntos, a veces no hay diferencias claras. Ellos llegan, se hacen sentir, piden agua, u otra cosa, hay miedo y a la vez deseo de verlo de nuevo. Poco a poco se va llegando a un descanso final y a una especie de permiso que da el muerto para que su mujer continúe con su vida y para que, de ser posible, se resuelva lo que no se ha saldado.

En este momento se entra en la zona de los recuerdos y la nostalgia de un pasado que con el tiempo se va idealizando, recordando sólo lo bueno y lo agradable. Además de los pedidos de fortaleza, protección, guía y valor, se esperan otras ayudas, desde una posición y un lugar diferentes en el más allá, impartiendo la protección que no pueden ofrecer materialmente en este mundo.

Seis meses después se me presentó una madrugada, estaba transfigurado, le faltaban partes. Yo estaba viviendo con mi mamá y gritaba mírenlo, mírenlo y nadie lo veía. Me dijeron: si usted lo quería tanto, por qué no lo deja en paz; ya de mañana en adelante ni vasos de agua, ni veladoras, ni nada, y ya fui orando por su descanso. Cuando mi



hija casi se me muere de parto, lo sentí al lado mío y me tranquilicé, siempre ha sido mi ángel guardián.

Las relaciones con el más allá fluyen en dos direcciones. De él se espera que interceda y guíe, y ella queda a veces con la obligación del bienestar de su alma, de continuar ayudándolo más allá de la muerte, para que él finalmente pueda alcanzar la paz eterna. A veces se continúa actuando como si él estuviera vivo, se hacen cosas como dar regalos a nombre de los dos, se manda a lavar la ropa de él como si la acabara de usar. Se colocan sus cenizas y su fotografía en un sitio central de la casa y hay un tabú sobre la mención del nombre del muerto. La religión sirve de consuelo y de apoyo espiritual. Hay que ayudarlo con oraciones, se le ofrecen misas, se implora el perdón por sus penas y sufrimientos, incluso se llega a ofrecer el sacrificio *“de nunca jamás volver a poner un hombre al lado mío”*. Las misas no sólo son en ocasiones especiales, también cuando se sueña con él. Hay además novenarios, altares domésticos, visitas al cementerio, decoraciones y arreglos de la tumba. *“La última noche del novenario le mandé a celebrar en la casa una misa hermosísima, con ofrendas, muy lindo todo...”*.

El duelo implica un sistema de estrategias que ayudan en un proceso de cambio traumático y de reorganización social y emocional. *“Fue un proceso largo, dejé para él un santico, con una foto, algunas cositas, como por tenerle un sitio especial”* *“Siempre he sentido conmigo a mi esposo, lo he sentido como existió y su recuerdo es muy bueno, pero tuve que dejarlo tranquilo. Ahora tengo una veladora porque siento que es una paz para mí tener una luz en mi casa, antes me estaba volviendo casi loca”*. Subyace la idea de la negación, de resistencia a enfrentar la realidad de un cambio donde a veces ella queda sin preparación para enfrentar el dolor, la ansiedad y las tensiones que le llegan abruptamente. Los duelos se complican aún más con el desorden del desplazamiento, de la huída y de la impunidad, que no permiten dar un sentido a lo que ocurre y que no ofrecen ninguna posibilidad de reencontrar la permanencia necesaria para sobreponerse. Con la muerte llegan también necesidades económicas apremiantes que hay que resolver, las cuales son mucho más difíciles para los familiares de los muertos anónimos, sin acceso a pensiones, ni a seguridad social, ni a auxilios funerarios, a quienes les toca recurrir a la caridad para sobrevivir. Estas familias no pueden mantener rituales como las misas, las visitas al cementerio y la compra de flores. *“A veces no voy porque no tengo con qué llevarle flores. O tengo para el pasaje o para comprarles el pan a los niños”*.

No dejan de existir los sentimientos de culpa, por lo general absurdos, aunque relacionados con la responsabilidad que las mujeres tienen de satisfacer las necesidades físicas de la familia, incluso velar por la seguridad de todos. Siempre habrá algo que se puedan reprochar, porque según ellas no cumplieron bien con su tarea de cuidadoras



de su familia o, por el contrario, que intentaron infructuosamente hacer algo para evitar un desenlace fatal. “Yo le decía a mi esposo, retírese de la policía, le insistía... y me dio ese desespero, me puse nerviosa y pensaba que iba a pasar algo, era un presentimiento, un ahogo. Hasta iba a hablar con los comandantes para que me lo trasladaran”.

Se podría argumentar que estos rituales y obligaciones para con el muerto son un tipo de control social para las mujeres, que en cierta manera continúan atadas a la memoria del fallecido, sobre todo en los casos de los muertos heroicos, aunque sea interpretado por ellas como una muestra de orgullo por el servicio que prestaron a la nación, el desempeño en su cargo o la función política que cumplieron como líderes o mártires de una causa. Estas prácticas también se pueden volver imposiciones por parte de los familiares políticos que van desde la decisión de dónde enterrarlo, hasta situaciones como la de la suegra que ordenó que no se oyera música en la casa, pasando por la acusación más grave de todas, de que de alguna manera la esposa fue la causante de la desgracia: “Yo no podía detener el ritmo de la vida, trataba de que mis hijos no sintieran tan duro, pero no se podía hablar fuerte, y todo se volvió un conflicto. Para rematar, al comienzo dijeron que yo había sido la culpable de que él se hubiera muerto.”

El luto ha sido un marcador importante de separación de las personas que sufren un duelo. A pesar de que esta costumbre ha ido desapareciendo, aún significa respeto a la memoria del esposo y muestra públicamente que la persona merece un tratamiento especial porque está atravesando un momento de dolor. Muchas mujeres lo usaron por lo menos en los meses iniciales, aunque se sentían despertando lástima. La decisión de quitarse el luto se explica a veces en términos médicos, para que no vaya a quedar ninguna duda con respecto al comportamiento de la viuda, pues puede haber conflictos y complicaciones con la familia política. “Llevé luto seis meses, pero cuando me lo quité mi suegra casi me pega, me dijo que yo no lo quería. Yo pesaba 58 kilos y llegué a pesar 45, y el médico me dijo que no más”. Este momento ceremonial de remoción del luto, es una especie de limpieza ritual, el cierre de un proceso simbólico para suprimir lazos, necesario para evitar obstáculos en decisiones que se tomen más adelante en la vida.

Otro elemento de limpieza ritual es el acto de deshacerse de las posesiones del muerto. La ropa se dona a personas necesitadas, o a familiares y amigos que apreciarán el recuerdo: “La regalé toda a conocidos míos, se las veía puesta y eso me ayudó en cierta forma a comprender... que ya era imposible”. Sólo se guardan cosas muy personales, como fotografías, objetos religiosos, armas y otros elementos que tal vez podrían parecer morbosos o excesivos, que se vuelven casi sagrados, como reliquias. Son la prueba de un crimen o de una injusticia que ha quedado impune. Como, por ejemplo, conservar un uniforme “con cada uno de los orificios por donde entraron las balas”, “los





plomitos que le sacaron" y otros objetos de valor simbólico, como la bandera que reciben en el homenaje póstumo que les hacen a sus muertos y que significan una ausencia y a la vez una presencia de autoridad en la casa.

Estos objetos son recordatorios tangibles de la memoria, para que no se apague y se transmita de generación en generación, en un país donde las pérdidas personales son altas, donde se tiende a olvidar una tragedia con otra, donde no se sabe cuántos son los muertos y donde hay mucha sangre derramada inútilmente. También hay un elemento emocional que tranquiliza y calma, pues al ver los objetos del desaparecido, se puede sentir su presencia y mantener viva su memoria: "Tengo hasta el último vestido que él se puso, la corbata tiene todavía el nudo, todo está intacto". "Hago de cuenta que él está, y eso será lo que me mantiene". "...Yo solita duermo en la cama, me acompaña el olor de la pijama de él. Duermo con la luz prendida porque me da un poquito de miedo. Lo veo rodeado de ángeles. Veo un brillo amorosísimo".

En algunos casos, ciertas personas se creían con el derecho para pedir, o llevarse, por encima de la autorización de la viuda, "recuerdos," sobre todo de los muertos famosos. Las cintas del carro fúnebre y de las coronas, los libros de firmas y otras cosas similares desaparecían con rapidez. En los casos de los muertos anónimos y olvidados, la suegra y los cuñados llegaron a la casa de algunas viudas a llevarse los enseres domésticos, la bicicleta o el televisor, lo que tuviera valor comercial más que simbólico. Algunos de los fallecidos famosos pasaron a ser santos populares, como lo muestran algunos de los cultos que han florecido en el Cementerio Central de Bogotá¹². Las mujeres que habían estado ligadas a ellos, tenían otro tipo de memorias tangibles, como recortes de periódico, grabaciones de programas de televisión y, además de esto, de repente, cuando menos lo esperaban, aparecía algo en los medios de comunicación que abría las heridas. Para ellas, aunque quisieran alejarse, no siempre había alternativas.

LA ACEPTACIÓN FINAL

El paso final del proceso de duelo es la aceptación de la muerte, o por lo menos el poder pensar en la posibilidad de seguir la vida sin la persona que desapareció, y en cierta manera tener la satisfacción de que se cumplió con las obligaciones y los compromisos de esposa, no sólo hasta el momento mismo de la muerte, sino un buen tiempo después. La aceptación implica también el poder manejar las emociones al momento de hablar sobre lo que ocurrió y los sentimientos que se tuvieron en ese tiempo, es decir, el haber podido procesar los eventos y finalmente resignarse a algo que ya no tiene remedio. La aceptación no quiere decir olvido, es la resolución de un proceso y el paso hacia otra etapa de la vida, donde cabe la posibilidad de establecer una nueva

¹² Dos trabajos muy interesantes sobre la violencia y la santidad fueron realizados por Anne-Marie Losonczy, 2001, "Santificación popular de los muertos en los cementerios urbanos colombianos", *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 37, págs., 6-23; y Gloria Inés Peláez, en el mismo volumen, págs. 24-41, "Un encuentro con las ánimas: santos y héroes impugnadores de normas".

relación afectiva. Aunque hay quienes dicen que el dolor nunca termina y que, al contrario, con el tiempo hace más falta: “Sobre todo en las necesidades económicas y morales, la figura masculina, el padre de los hijos uno no lo reemplaza con ninguna otra persona”.

La idealización del marido fallecido, sobre todo del que ha recibido la categoría de héroe, tiene varias funciones para la viuda. El perfeccionamiento de esta memoria lo sitúa en un terreno que se limita a apoyar desde el más allá, y no en lo cotidiano y terrenal, permitiendo que ella tenga una mayor autonomía en su vida, ahora como mujer cabeza de hogar; que le permita reconstruir su identidad como mujer sola, definiendo sentimientos sobre sí misma, y donde las amarguras del pasado han quedado atrás. Esto podría decirse de todas las muertes, pues, como dice el dicho, “no hay muerto malo”; pero en el caso de los hombres que por sus profesiones o sus cargos políticos tienden a considerarse como mártires de la patria, o héroes, la situación es diferente. Sus viudas tienen la obligación de perpetuar la memoria histórica de sus esposos, por lo que a su vez ellas esperan alguna compensación por parte de las directivas de las organizaciones a las que ellos pertenecieron. Es probable que sea por esta razón que las viudas de los integrantes de las fuerzas armadas, incluso los de las organizaciones guerrilleras, y las que estuvieron ligadas a hombres famosos, tiendan más a idealizar a sus compañeros. De hecho, ellas han recibido una compensación tanto material como simbólica. Este resarcimiento económico es visto como un desagravio, pues dichos hombres dedicaron sus vidas a las instituciones y murieron en el servicio de ellas, pero a su vez exige de ellas cierto comportamiento, y supervisión por parte de la familia del difunto y por la comunidad en general, pues con ciertos comportamientos, como conseguir un nuevo compañero, se puede deshonrar la memoria de los héroes. Esto contrasta con lo que ocurre con los muchos muertos anónimos y olvidados de desplazados, campesinos y de estratos bajos urbanos, cuya memoria se pierde rápidamente y quienes muchas veces no reciben los más mínimos tributos.

